2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: El secreto del muerto

Autor: Marcelino Carretero Sanguino

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

EL SECRETO DEL MUERTO

Marcelino Carretero Sanguino

Es media tarde del día 1 de Septiembre de 2.021.

Estoy sentado con una señora, amiga mía, en la terraza de un local de hostelería de la plaza de Charlie River, en Vilanova i la Geltrú, comarca del Garraf, provincia de Barcelona. Casi todas las mesas están ocupadas.

Mi acompañante llama por teléfono a unos familiares suyos, con los que habíamos quedado para tomar algo y les dice que ya hemos bajado de Canyelles y los estamos esperando donde habíamos quedado.

Después de terminar de hablar con sus familiares, la señora que me acompaña, me señala otro establecimiento de hostelería, de la misma plaza y me dice, que en aquel local, estuvo el asesino de la niña, de la que te hablé por teléfono ya hace años, vigilando a la niña hasta que vio que esta, se quedó sola y fue hacia el portal donde habitaba.

Aquel asesino, que vigilaba a la niña, cuando vio que esta entraba en el portal, abandonó rápidamente el local de hostelería y siguiendo a la niña, entró tras ella en el portal, para después, según las informaciones de los medios de comunicación, violarla y asesinarla.

Una exclamación espontánea se escapa de entre mis labios.

¡Qué hijo de puta! ¡Cómo puede haber algún ser tan miserable!, no ye un paisanu, quien le hace algo así a una guajina.

Un señor muy mayor, que se encontraba sentado en la mesa contigua a la nuestra, en la terraza de la cafetería, me mira y me pregunta: ¿Es usted asturiano?

Yo le digo, ¿que ye que notomelo por el acento?

Aquel anciano me dice: “si aunque desde que me jubilé y volví a mi ciudad natal Barcelona, no lo había vuelto a escuchar, con ese deje tan especial, de las cuencas mineras”.

–¿Qué trabayo usted en la mina?

–No, pero toda mi vida laboral se desarrolló entre la cuenca del Nalón y varios años en Gijón, aunque uno de los primeros destinos que tuve, fue en Siero, quizás por eso sucedió algo que me marco para siempre.

–Tú ¿de qué zona de Asturias eres?

Yo críeme en la zona minera de Siero, como sabrás el municipio del centro de Asturias. Si me lo permite usted, voy a trátate de tú, como ya sabes nosotros, los de las zonas mineras, si nos lo permite, la persona con la que estamos hablando, intentamos evitar en lo posible los formalismos y ser directos diciendo las cosas como las sentimos, la hipocresía no ye precisamente lo que a la mayoría de los asturianos nos gusta.

Claro que te lo permito, además para mí, tu forma de hablar y sentirte pronunciar la palabra (ye) es algo que me hace recordar con añoranza, tantas vivencias de mi juventud que transcurrió en tu comunidad autónoma, la forma tan extraordinaria como nos tratabais, a los que como yo procedíamos de otros lugares de España y la infinidad de casos que hube de investigar, durante los mejores años de mi vida, que fueron casi todos los de mi vida laboral. Sin que se me olvide vuestra comida, la mayoría de cuyos platos me encantaban y aquí algunas veces echo en falta, sobre todo cuando llega el invierno y los días de frío.

¿Qué vives aquí en Vilanova i la Geltrú? por lo que me has dicho, quiero entender que debiste ser un miembro de lo que ahora llaman, las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado.

Si, esa fue mi profesión, y aquí es donde ahora y provisionalmente por motivos familiares vivo. Aunque ya pronto volveré a mi casa en la ciudad de Barcelona.

Vosotros por lo que sentí hablar por teléfono a tu señora, vivís en Canyelles, (El pueblo del meteorito).

Perdona, que ye eso de que Canyelles ye el pueblo del meteorito, ye la primera vez que sentí llamarlo así ¿y tú cielín? le pregunto a la señora que me acompaña.

Mare de Déu, yo llevo más de veinte años viviendo en Canyelles y es la primera vez que he sentido hablar, relacionando a Canyelles con un meteorito. Nos dice ella.

Le digo mi nombre al señor y que una de mis aficiones es plasmar en escrito mis vivencias y él me dice que se llama Tiburcio (nombre figurado) y nos relata que en el

año 1861, cayó sobre el término municipal de Canyelles entre el pueblo y el límite con el de Villafranca del Penedés, un aerolito de entre 600 a 800 Kg de peso y cuyos fragmentos fueron repartidos por los museos de toda España y desde entonces esta localidad es conocida como “el pueblo del meteorito”.

Y yo era la primera noticia que tenia de ello, a pesar de llevar ya más de diez años pensando en venir a establecerme en Canyelles, cuando me jubilara, para compartir mi vida con la señora a la que ahora acompañaba y estaba sentada a mi lado.

Mi mente se va a diez años atrás, cuando la vida puso en mi camino a una extraordinaria mujer, vecina del municipio de Canyelles y busqué en todos los lados posibles, los datos que me hablaran de este municipio, pero nunca se me ocurrió, buscar por la palabra meteorito, asociada a Canyelles.

Quizás lo hice por deformación personal, ya que al haber tenido cargos públicos en la comunidad autónoma donde me crie y comencé a trabajar con tan solo ocho años, al fallecer mi padre, durante la huelga de la minería asturiana del carbón, en el año 1963 y desde esa edad al no poder ir a la escuela, cada vez que encuentro un lugar o algo que desconozco, me atrae el saber que es o donde está lo que ignoro.

Así me informé de este municipio, uno de los seis que forman la comarca del Garraf, límite y frontera de dicha comarca, con la del Alt Penedès.

En Internet consigo la información de su iglesia, la iglesia de Santa Magdalena, que según refleja el informe, está datada en el Siglo XVII, esta Iglesia, está situada en el lateral de un castillo, propiedad de la familia Bouffard.

El castillo datado en el siglo XV se yergue sobre una loma, cerca del ayuntamiento de Canyelles. Un pueblo y municipio, con una gran y apasionante historia que según los documentos, que hablan de él, su creación, esta datada en el año 992, cuando sus límites rozaban Viladellops.

Ignoro si en la escuela y el instituto de la localidad, se da a conocer a los alumnos, la apasionante historia del lugar donde tienen la suerte de vivir.

En ese momento, los familiares de la señora a la que acompaño, con los que habíamos quedado, se acercan y yo amablemente le digo a Tiburcio, que me perdone, pero tengo que atender a aquellas personas que vienen a saludarnos.

Él me da las gracias, por haber hablado y respondido a sus preguntas, tan cordialmente y me emplaza para volver a quedar conmigo, en el mismo sitio y a la misma hora, en una semana, pues como le comenté, que me gusta escribir, y a pesar de las limitaciones de haber asistido poco tiempo a la escuela, ya tengo un libro editado. Quiere contarme algo, sobre una de las investigaciones que hubo de realizar, durante los años que estuvo destinado en Siero, el municipio, en el que yo me había criado y me acabo de jubilar, tras más de 55 años de trabajo, 47 de ellos reconocidos como cotizados a la Seguridad Social.

Quedamos para volver a vernos, el día 8 de septiembre, festividad de las comunidades de Asturias y Extremadura.

Ese día llego a la plaza de Charlie River, en Vilanova i la Geltrú y allí sentado en la misma mesa de la semana anterior, se encuentra Tiburcio, ya esperándome, lo saludo y le pregunto si puedo sentarme y quitarme la mascarilla, pues ya tengo puestas las dos dosis de la vacuna del Covip 19.

Él que está con la suya quitada, me dice que sí, que él también está vacunado.

Antes de sentarme frente a él, le ofrezco mi mano como saludo y noto como un ligero temblor recorre su cuerpo, comenzamos a dialogar y me dice que se encuentra muy solo y durante toda esta pandemia, nadie quiso sentarse ni hablar con él o escucharle.

Yo le digo, que estoy allí, para escucharlo y me cuente lo del caso, que sucedió cuando él vivía donde yo me crie y comenzó a narrarme unos sucesos que aún, después de haber transcurrido, más de 40 años, algunas veces no lo dejan dormir, pensando en lo que no logro averiguar para poder cerrar el caso sin sobreseerlo.

Acabo de estar haciendo fotografías de algunos de los edificios, para mi más emblemáticos de la población de Canyelles y después de fotografiar la antigua casa consistorial, que fue la sede del ayuntamiento y en su fachada luce el año 1933, paso por el lateral del nuevo ayuntamiento y me siento a escribir el relato de lo que me contó, aquel anciano.

Sucesos que ahora sentado en un banco del paseo que baja desde la casa consistorial del ayuntamiento de Canyelles, hasta la carretera, tras una fuente que está situada, entre una panadería y un local de hostelería, al final de la calle, establecimiento donde suelo parar, cada vez que vengo a Canyelles, les paso a relatar.

Basado en un hecho real que sucedió en los primeros años de la década de los 70 del siglo XX.

Tiburcio, recorre la oscura estancia, de la pensión donde vive, intentando romper con sus ojos la negrura que le rodea. El sueño no le llega y sus dilatadas y negras pupilas, se niegan a cerrarse.

Los relámpagos, cruzan raudos el oscuro cielo y la lluvia comienza a caer. La luz de un relámpago, más fuerte y deslumbrante que los anteriores, cruza por entre las rendijas de la vieja persiana, iluminando toda la habitación. El retumbar de los incesantes y cada vez más cercanos truenos es ensordecedor.

Tiburcio, sin poder contenerse por más tiempo, se revuelve en la cama, intentando con sus manos tapar la hiriente luz de los relámpagos. Al apoyar su cabeza sobre la blanca y deshilachada almohada, escucha, tan… tan… las doce están dando en un lejano reloj, tan… tan… el sonido se confunde con el tic… tac… continuo del agua contra la ventana. Se sienta en la cama y baja las piernas, un nuevo relámpago ilumina la habitación y la fracción de tiempo que dura, a Tiburcio le parece un año.

Mira hacia los muebles que lo han visto tantas noches cavilar, pensando en una hermosa chica, quizás producto de su imaginación, extiende su brazo y busca a tientas la llave de la luz, cuando la encuentra, le da intentando que se encienda la bombilla y todo en vano, así que ligeramente enfadado, aunque se encuentra solo en la estancia, dice en voz alta, “la tormenta debe de haber hecho que corten la corriente, ¡dichosa ciudad! cuando no falta el agua en los grifos, falta la luz.

Se tira de la cama y comienza a vestirse a oscuras. ¿Dónde habré puesto yo los zapatos? ya se, están debajo del armario. Pasan unos minutos; Tiburcio, sale de la habitación y abre la puerta de la calle. Baja las escaleras una por una, cogiéndose a las paredes, con la mirada puesta en el suelo y llega al portal, al abrir la puerta de hierro colado, un nuevo relámpago, cruza el cielo y el agua que cae incesantemente, comienza arrollarle por los cabellos.

Tiburcio, sale y se dirige con pasos presurosos, hacia un chigre, distante unos cien metros de la pensión, en que se aloja; empuja la puerta con fuerza y sus negros ojos recorren con avidez el local en penumbra.

“Vaya tiempo he paisano”, es el saludo que le dirige Marcos, el chigrero, “parece como si todos los cañones de la fábrica de Trubia, fueran a probarlos esta noche sobre nosotros”.

Tiburcio, mientras dirige su mirada hacia el rincón más lejano y oscuro del local, pide una pinta de vino. Con el vaso en la mano, se dirige hacia aquella mesa.

Antonio lo ve acercarse y una sonrisa, parece querer escaparse de entre sus resecos labios, empujando la colilla del cigarrillo que ya hace horas está apagada.

Antonio, es un tipo viejo, solitario y taciturno, no suele hablar con nadie y la gente dice de él que en su juventud fue tripulante de un barco de pesca y vino a esconderse a esta población, lejos de la costa, cuando el barco en que faenaba, naufrago durante una galerna y todos sus compañeros se ahogaron, sobrevive de las limosnas que le da la gente.

Tiburcio, se sienta a su lado y le ofrece un cigarro de tabaco negro. No, gracias, le dice Antonio, “fuma tú, te hace falta, ¿qué es que no podías dormir?”

Si y tú cuando no estas delante de la iglesia pidiendo, ¿qué es lo que haces aquí?, siempre sentado en este rincón, acaso piensas que por estar aquí lamentándote, tus compañeros que se ahogaron van a volver a la vida, cuéntame algo de como fue el naufragio del barco en el que trabajabas.

Antonio hace ademán de levantarse, pero escupe la seca colilla del cigarro y acercándose más a la mesa le dice, “Tiburcio, la gente murmura de ti que te estás volviendo loco, por no poder resolver un caso, cuéntame a mí como fue y tú que crees que paso”

Tiburcio, con una sonrisa desdibujada en su cara por la escasa luz de la vela que los alumbra, mira a Antonio y tras unos minutos de silencio, mientras su mente le lleva a uno de los casos, que no pudo resolver en el pasado le dice: “Voy a contarte algo que paso en una población muy cerca de aquí, algo que quizás la gente ya no recuerda, pero marcó mi joven vida de policía, acababa de llegar destinado a esta región. Yo aún casi no me afeitaba y ahora las arrugas comienzan a dominar y hacerse visibles en mi cara y mientras lo dice se fija en la cara de Antonio y piensa, si yo con los años que tengo, ya me parece que estoy envejeciendo, este hombre debe de tener cerca de cien años.

Y continúa. Como hacía poco que me había incorporado a la comisaría, recién salido de la academia, para que me fogueara, según decían me encargaron que investigara un suceso, que ninguno de los agentes mayores y que llevaban tiempo en el cuerpo, quisieron llevar.

Era un hombre que acuciado por las necesidades y el hambre, que la dictadura estaba sembrando en toda España, había venido con toda su familia, mujer y dos hijos de corta edad a establecerse aquí en esta región, donde en las minas había trabajo y quienes no tuvieran miedo de bajar a cientos de metros en un pozo que se adentraba verticalmente en la tierra, la mayoría de los casos y de las minas, a trabajar en el interior, sabían que podrían ganar unos sueldos que en los lugares de donde provenían, tan solo eran un sueño inalcanzable. Provenían de alguna parte del sur de España.

Tiburcio guarda silencio y mientras enciende un cigarrillo, por su memoria comienzan a desfilar los nombres de decenas de pueblos y ciudades del sur de España, que recuerda de cuando iba a la escuela y tenían que memorizarlos, para saberlos cuando al maestro del régimen, le diera la gana de preguntarlos.

Estaba casado, como ya te dije y cuando yo hube de investigar su caso, ya tenía creo que cinco hijos. El hombre no se llevaba bien con su mujer, a la que maltrataba, un día sí y el otro también dándole palizas y pegándole con el cinturón y cuando esta caía al suelo, le daba patadas. Si alguno de los hijos mayores se metía entre medias, intentando ayudar a su madre, para que no le pegara más, también sufría las consecuencias de la represión machista que el régimen fascista apoyado por los dirigentes de una iglesia que llamaban católica y alejada de las enseñanzas de Cristo, imponía a las mujeres, a las cuales desde los pulpitos de las iglesias, uno de los únicos lugares a los que podían acudir sin el permiso o la compañía de su marido o su padre, les predicaban que la mujer debía estar siempre al libre albedrío, de las necesidades que el hombre tuviera.

Aquel hombre después de haberles dado una paliza a su mujer y si estaba alguno de los hijos mayores, también al hijo, intentaba ahogar sus remordimientos, si alguna vez los tuvo, con borracheras de vino barato.

Una mañana, amaneció muerto en la cama, nadie supo explicar cómo había pasado. La mujer declaró, que el día antes había llegado borracho como una cuba, a eso de las doce o la una, cayéndose para los lados sin poder mantenerse de pie, que cuando su

hijo mayor se lo recrimino, echándoselo en la cara, que todos los días llegaba borracho, quiso volver a irse, al no tener fuerzas para pegarles, pero lo convencieron para que se quedara en casa y uno de los hijos lo desnudó y lo metió en la cama. Por la mañana cuando fueron a llamarlo, estaba muerto.

A Tiburcio, le tiembla todo el cuerpo. Antonio se da cuenta y queriendo tranquilizarle, le dice: “Oye Tiburcio, que tiene de raro eso, a un hombre borracho, le da un ataque y se queda muerto en la cama”.

Lo raro Antonio y que hizo que a mí me encargaran que empezara la investigación, fue lo siguiente; la autopsia, reflejó que aquel hombre había muerto asfixiado, la mujer en su declaración dijo que como no dormían juntos ni en la misma habitación, al estar borracho, no había podido darse la vuelta y solo en su habitación, sin que nadie en la casa se hubiera apercibido de ello, se había asfixiado.

Yo pensé en su día y sigo pensándolo ahora, en las declaraciones del hijo mayor que fue quien lo acostó y era el que más a menudo sufría, de sus ataques de ira y violencia. Si el hijo tal como declaró, lo acostó boca arriba o si lo hubiera hecho de lado, como fue que el sujeto en cuestión, amaneció con la almohada sobre la cabeza y vuelto hacia abajo, con el vómito, sobre la sabana bajera. Digo yo, si pudo darse la vuelta para ponerse hacia abajo, por qué no la pudo dar para ponerse hacia arriba… Después lo de la esquela, ¿quizás fue hecho por alguien con mala intención o quizás?...

Pero ¿qué es eso de la esquela? Dímelo Tiburcio, por favor, no me dejes en suspense.

En las esquelas que pusieron clavadas, en todos los postes de la luz o de teléfonos, donde traía el nombre de los familiares del difunto y la dirección y hora del entierro, donde traía apenada esposa, en todas ellas, lo de apenada esposa, estaba tachado con tinta roja. ¿Quién lo tachó? En la investigación, no pudimos aclarar nada, pero por el pueblo se comentaba a mis espaldas, que había sido llevado a cabo, por alguno de los miembros de la célula de Los Guerrilleros de Cristo Rey, que en la población al menos había dos o tres de dicha organización una de cuyas células tenía su sede en Langreo, en la cuenca del río Nalón y lo habían hecho como desprecio a la mujer, para culparla y como aviso y escarmiento a todas las mujeres que contaban fuera de casa, que sus maridos las maltrataban.

Yo le digo, entonces Tiburcio, dime ¿tú que piensas?

Yo pensaba entonces y sigo pensándolo ahora 50 años después de aquel suceso, que a un borracho, es fácil echarle la almohada sobre la cabeza y apretar, en la almohada, no queda ninguna huella reflejada y la autopsia no da señales de violencia.

Entonces tú pensaste que fue un asesinato en su día y ahora Tiburcio, sigues pensando lo mismo, que fue un asesinato.

No, Dios me libre de decir semejante cosa, lo que fue, algún día el muerto me lo dirá, porque el tiempo que transcurra, no me importa, yo espero que algún día el muerto venga a decírmelo, por qué sé que me lo dirá, ja…ja…ja, sé que me lo dirá, ja…ja…ja…aquí o en cualquier otro sitio el muerto vendrá a verme y me dirá lo que sucedió.

Me despido de Tiburcio y le miento al decirle que cuando vuelva de Asturias, a primeros del año que viene a instalarme y realizar mi empadronamiento, como vecino de Canyelles, volveré por esta plaza todos los día para encontrarme con él, verlo y preguntarle, si el muerto ya vino a que lo interrogara y a contarle su verdad.

Me levanto de aquella mesa y mientras me voy apartando de ella, miro hacia todos los lados, aunque no suelo tener nunca miedo, el respeto por el más allá, me hace antes de doblar la esquina y dirigirme hacia donde tengo aparcado el coche, miro hacia Tiburcio, que sigue sentado en aquella mesa con la mirada extraviada y balbuceando palabras que ya por la distancia, en que me encuentro no logro escuchar.

Mientras camino hacia el coche, pienso, pienso…no, no, no.

Los muertos no dicen nada.

Ajuntament de Canyelles